

¿Hay Santos en el Trópico?

Srita. Elena Arellano. Granada, 1836-1911

Juan Fco. Alvarez de Arcaya, S. J.

Pero, ¿es que hay santos en el Trópico? Pues, ¡claro que los hay! Como en todas partes. Lo que pasa es que lo que hoy llamamos "el gran público" ni se entera, ni le importa nada de ellos, ni en el Trópico ni en la Zona Polar. Y como a los santos tampoco interesa la "propaganda" ni el autobombo y no tienen claques pagadas que aplaudan cuando conviene ni secretarías que envíen comunicaciones a las agencias noticiosas, sino que procuran pasar desapercibidos y ocultar sus virtudes, resulta que son conocidos de pocos, de muy pocos y sólo lentamente y cuando suena la hora, su hora, en el reloj de la Providencia de Dios, es cuando el mundo se entera y se pasma.

Así ocurrió con Tekawita, así con la Azucena de Quito, así con San Martín de Porres, así con Pedro Betancourt... Hoy parece que va sonando ya la hora de otra heroína desconocida, la Srita. Elena de Arellano. Hoy ya los escritores dedicados a exaltar o derribar ídolos políticos, van volviendo sus ojos hacia otras figuras que no intervinieron en tumultos, asonadas, revoluciones, gobiernos, contra-gobiernos, que no tienen immortalizadas sus efigies en las plazas con estatuas de mármol o de bronce, que ni siquiera figura su nombre al frente de un centro de educación o en la esquina de una calle. Hoy se empieza a pensar que pudo haber otros sectores, otros grupos de la sociedad cuya labor en pro del bien común merezca con mejor derecho los lauros de la inmortalidad, por haber hecho más, mucho más que los otros en beneficio de sus hermanos. Hoy se empieza a hacer la historia del catolicismo centroamericano (que está aún por escribir) y se empieza a agradecer en todo lo que vale el esfuerzo de los pocos que lucharon como buenos contra la corriente materialista y laicizante y nos transmitieron desmochado por las tormentas, si quiereis, debilitado por los huracanes de la persecución sectaria, pero íntegro, el tesoro de nuestra fe cristiana. Uno de esos pocos fue sin duda la Srita. Elena Arellano, nacida en las primeras décadas del pasado siglo en la ciudad de Granada, (Nicaragua) y decidida a ejercitar la caridad entre sus con Ciudadanos con una vida silenciosa y ejemplar.

Por haber venido al mundo (21 de Noviembre de 1836) poco después de haber alcanzado Nicaragua su independencia, le tocó vivir una época de anarquía casi completa, agravada por intervenciones extranjeras, como

la de los filibusteros de Walker. Para colmo de males, los gobernantes habían decretado ya desde 1830 la clausura de sus conventos y la expulsión de religiosos y religiosas, remedio excelente sin duda a tanta disolución y desacato a la autoridad como entonces reinaba en el país, dejando con ello a la juventud privada de todo medio de enseñanza.

Sólo la arraigada fe de las buenas familias granadinas pudo salvar este bache, convirtiendo las mujeres cada hogar en una escuela que preservara de su total desaparición el tesoro inapreciable de su cultura cristiana, escuelas en las que sin diferencia alguna se admitía y educaba a otros niños pobres junto con los propios. Y Elena Arellano que pertenecía a una de las familias hidalgas de Granada, vio en esta labor una llamada especial de Dios y a ella se dedicó con alma y vida.

"El linaje de los Arellano —dice el conocido e ilustre escritor nicaragüense Carlos Cuadra Pasos en la "Revista Conservadora" (Oct. 1961, pág. 22)— vino a Nicaragua por la persona de don Carlos de Arellano, ex-Alcalde de Guatemala, que en el año de 1589 fue nombrado Gobernador de Nicaragua, en calidad de interino." Dice el historiador Gámez: "Durante el gobierno de Arellano, la ciudad de Granada adquirió una gran preponderancia como centro comercial, por haberse reducido a la ruta de San Juan todo el tráfico mercantil con el exterior, pero fue también en este mismo tiempo cuando los piratas del Norte para vigilar las embarcaciones nicaragüenses, fundaron sus grandes establecimientos en Bluefields y Laguna de Perlas desde donde causaron muchos males a la provincia".

"Don Carlos de Arellano para dirigir la defensa contra tal agresión pirata, fijó su residencia en Granada, levantó su casa, y vinculó su familia al nuevo poblado, dentro y a la par del cual se desenvolvió en uno de los linajes más antiguos y durables. Aún se puede ver, cabe el edificio del Banco Nacional, el viejo zaguán de la casa Arellano, sellado sobre el dintel con el Escudo y armas oficiales de Gobernador. Tres siglos se desenrolló el hilo de este linaje dentro del apacible trajín colonial, de abuelos y nietos.

Al declararse la Independencia en 1821 el descendiente de D. Carlos de Arellano que representaba en aquellos días a la familia era D. Narciso el padre de Doña Elena.

Era D. Narciso sujeto de energía exuberante, de muy buena presencia, inteligente y activo, participante en la política vehemente de las dos primeras décadas de Centroamérica independiente.

Fué un caballero mundano, pero creyente y caricativo; con todas las cualidades de los conquistadores, de quienes procedía por línea recta. La esposa de don Narciso y madre de Elena, fue doña Luisa Chamorro, bella y angelical mujer que dirigía su hogar con inteligencia, trataba a su marido con mansedumbre y era caritativa con los pobres.

Infancia y Juventud.

Elena heredó las cualidades de sus padres: de Don Narciso, la inteligencia, la actividad la energía. De Doña Luisa la mansedumbre y dulzura en el trato social. Fue educada en un ambiente de cariño y piedad aunque no exento de pena y aflicción, porque su padre no llenaba ni mucho menos el ideal del cristiano. Don Narciso pasaba grandes temporadas en la hacienda de Quimichapa, en el departamento de Chontales. En una de

esas temporadas llevó a su hija Elena, de 13 años, para que le hiciese compañía. Un día Don Narciso se sintió muy mal y mando llamar con toda urgencia al Párroco de Acoyapa, Don Pedro Alvarado, muy amigo suyo el cual tan pronto como llego el aviso ensilló el caballo y montando en él, a todo galope se dirigió hacia la hacienda de Quimichapa. El enfermo se sosegó algun tanto cuando le anunciaron que un jinete se veía a lo lejos camino de la hacienda. En efecto, era el Padre Alvarado. Al entrar en el cuarto del enfermo éste exclamó:

“Don Pedro, me muero, siento que me muero. Aquí tiene un gran pecador; soy un gran pecador, como el Rey David, porque cometí el pecado de David contra Uriás, pero como él estoy arrepentido y contrito. Me pongo en sus manos para que me prepare a presentarme ante el tribunal de Dios, en cuya misericordia confío y confiaré siempre”. Elena oyó esta conversación y se retiró del aposento, dejando solos al pecador con el ministro del Señor. Luego que terminó su confesión, Don Narciso se quedó tranquilo y sereno. El mal se fue agravando y aquel mismo día entraba en agonía. La hija, a la cabecera, quitaba el frío sudor que corría copioso de la frente del enfermo y el sacerdote le rezaba las oraciones de los agonizantes. Cuando exhaló el último aliento, ella le cerró los ojos y se retiró a llorar profundamente. Quedaba sin padre en la tierra, pero le quedaba en el cielo Nuestro Padre Dios que siempre vela por nosotros y especialmente por los que penan y sufren.

La muerte de su padre en estas circunstancias, lejos de su familia y en una hacienda solitaria, le impresionó profundamente y le causó profundo dolor a su corazón de hija, pero al mismo tiempo quedó consolada con la esperanza del perdón de Dios para su padre. Después del entierro de éste, regresó a Granada, a juntarse con su madre y hermanas, Luz y Beatriz; pero en su alma se había operado un gran cambio. La muerte de su padre en la hacienda Quimichapa con todas las circunstancias que la acompañaron, le hicieron ver la vanidad de las cosas de este mundo y que únicamente consuela en aquella hora el bien que hayamos hecho en vida y, por el contrario, el temor que causan los pecados en aquel terrible lance. En estos años, de los 15 a los 20, tomó la firme resolución de entregarse por completo a Dios Nuestro Señor para no vivir más que para El, e hizo en privado el voto de castidad y de pobreza. Libre de las ligaduras que mantienen el alma apegada a las cosas de este mundo, como son los cuidados de hacienda y familia, pudo dedicarse en cuerpo y alma a las cosas que atañen al servicio de Dios y ayuda a los necesitados.

No había en aquel tiempo ningún convento de religiosos ni religiosas, porque un decreto monstruoso del gobierno nacional de 1830 abolía para siempre los establecimientos religiosos, ordenaba la confiscación de sus bienes y los religiosos debían ser arrojados del territorio a los treinta días de la publicación del decreto.

Pensó entonces en resguardar su consagración a Dios Nuestro Señor en una forma individual y dentro de una disciplina propia, mantenida por la oración y por el ejercicio de la caridad. Era rica y agraciada y por lo tanto solicitada. Pero su resolución era inquebrantable: permanecer enteramente consagrada a Jesús y seguirle imitando su vida de sacrificio.

El amor a Dios y al prójimo encendía en su corazón el deseo de ayudar a los necesitados. En donde estaba el dolor acudía en seguida la señorita Elena para mitigarlo. Las puertas de su casa nunca se cerraban al pobre y

su mano generosa abría la bolsa para tender una limosna al necesitado. Pero lo que más le preocupaba era el combate contra la ignorancia religiosa, que priva al cristiano de los tesoros de la gracia que puede adquirir para su eterna salvación y le expone a la pérdida irreparable de su alma. Pensaba que debía instruirse a la mujer nicaragüense para el mejor cumplimiento de la misión salvadora de la familia cristiana que Dios le ha confiado, y que había visto desempeñar a su madre y a su abuela como tesoreras de la cultura tradicional.

En Granada, en aquella época, era la enseñanza la ocupación ordinaria y misionera de las señoritas de buena familia. En cada casa en lo que se denominaba "El Centro", existía una escuelita, en donde se impartía gratuitamente una rudimentaria instrucción a los niños pobres y ricos que eran allegados a la familia por cualquier clase de relación social que tuviesen. Se les enseñaba a leer, a escribir, rudimentos de aritmética y catecismo. Niña Elena que había practicado esos ejercicios, sintió la vocación de maestra y quiso encauzar aquella corriente para una preparación más elevada de la mujer.

Para ello se dedicó a vivir como pobre: vestía humildemente, procedía con suma sencillez, no adornaba con galas ni alhajas su juventud. Estudiaba, insistía diariamente en la lectura espiritual, y procuraba entender el sentido recto de la caridad, para servir al prójimo, protegiéndolo contra la miseria y defendiéndolo contra la ignorancia, que es miseria del entendimiento.

Abre un Colegio.

De su propio peculio abrió un colegio de señoritas en su casa, convertida en aula y se constituyó ella misma por directora. Formó el cuadro de sus profesoras con algunas que conocía por más adelantadas y se entregó a la tarea educadora con entusiasmo. Ella duró algunos años y se obtuvieron resultados satisfactorios. Una generación de damas granadinas fue formada en ese colegio y desempeñó gran papel en la cultura de la ciudad en la segunda mitad del siglo XIX.

Pero Elena no estaba tranquila con respecto a la perduración de su obra y quiso asegurarla de manera estable, entregándola a una institución religiosa. Este fue el motivo principal de su primer viaje a Europa y en especial a Roma, capital del orbe católico.

Ambiente político.

El ambiente político de la ciudad, y en general de todo Nicaragua en aquel primer tercio de siglo que siguió a la emancipación de la madre patria, fue de continuas conmociones políticas entre los partidos que luchaban entre sí por asumir el supremo gobierno de la nación. Consecuencia de estas enconadas luchas fue la venida del famoso filibustero William Walker a Nicaragua quien, aprovechándose de la división de los nicaragüenses, logró hacerse dueño del supremo mando de la nación. Entonces conocieron los jefes políticos de los dos partidos contrincantes el gran error que habían cometido, y el gran mal que causaban a la nación con sus disensiones. Uniéronse entre sí y los países hermanos de Centro América enviaron refuerzos para derribar al intruso y a sus huestes extranjeras que querían dominar, en provecho propio, el hermoso país de Nicaragua.

En Noviembre de 1856, Walker, vencido y derrotado por los ejércitos aliados de Centroamérica, tuvo que levantar su cuartel general que lo había establecido en Granada, y huir hacia la isla de Ometepe. Antes de huir, empleando para ello los vapores del lago, ordenó a su lugarteniente Henninsinger, que mandaba la retaguardia que incendiase la ciudad de Granada como así lo hizo. Sus habitantes durante varias semanas vivieron en continua zozobra y sobresalto porque la ciudad se convirtió en teatro de encarnizadas luchas entre los ejércitos aliados centroamericanos y la retaguardia de los filibusteros. Los asaltos a las iglesias convertidas en fortalezas por ambos contendientes eran diarios; los ataques y contra-ataques se seguían unos a otros dejando muchos heridos y muertos por ambas partes; los incendios de las casas iluminaban con siniestros resplandores la oscuridad de la noche.

El 13 de diciembre de 1856, Henninsinger y sus 115 esqueléticos hombres lograron huir en una nave antes de la salida del sol, dejando escrito un letrero en la orilla del lago: "Aquí fue Granada".

La antes hermosa ciudad de Granada estaba en ruinas, pero al menos cesó la lucha, reinó la calma y respiró el pueblo.

Como buenos patriotas que eran los Arellanos, por convicción y herencia familiar, tuvieron mucho que sufrir con las desgracias de la patria. La señorita Elena contaba entonces veinte años y presencié todos estos sucesos. Con la paz se fue rehaciendo poco a poco la ciudad, el comercio volvió a renacer y vino de nuevo el bienestar a notarse entre los habitantes granadinos.

En esta ciudad rehecha de sus ruinas ejercitará con admirable constancia su obra educativa y benéfica la sierva de Dios, señorita Elena Arellano. Todas las clases sociales granadinas recibirán su saludable influjo hasta el día 11 de octubre de 1911 en que el Señor la llamará al eterno descanso, diciéndole: "Ea, sierva buena y fiel, porque has sido fiel en lo poco, te encargaré cosas mayores; entra en el gozo de tu Señor".

Santa Francisca Javier Cabrini.

La educación para que sea verdadera tiene que basarse en la moral, pero no hay moral verdadera sin religión, como una larga experiencia lo ha demostrado en el transcurso de los siglos.

La moral laica que algunos educadores patrocinan no es un fundamento sólido en el sistema educativo porque carece de consistencia; es como el edificio construido sobre la arena, que vendrá a tierra cuando soplen los recios vientos o vengan las crecientes de las aguas. A las pasiones y codicia humanas que impelen al hombre al vicio y la maldad no las contiene la fría moral laica, sino la esperanza y la fe en Dios que ha de premiar nuestras buenas acciones. Esto no quiere decir que con la educación cristiana se remedien de raíz todos los males, pero sí que se prepara al niño para que pueda caminar por el camino del bien con la ayuda de la gracia divina y si se extravía sepa volver más fácilmente sobre sus pasos. Así lo dice hermosamente San Pío X: "Lejos estamos de afirmar que la malicia del alma y la corrupción de costumbres no pueden coexistir con la conciencia de la religión. Plugiese a Dios que los hechos demostrasen lo contrario. Pero entendemos que cuando al espíritu le envuelven las tinieblas de la ignorancia religiosa, no pueden darse ni la rectitud de la voluntad ni las

buenas costumbres; porque si caminando con los ojos abiertos puede el hombre apartarse del buen camino, el que padece de ceguera está en peligro cierto de desviarse”.

Elena tenía ideas claras y verdaderas sobre la educación. Por eso, cuando en 1882 llegaron a Nicaragua profesoras de los Estados Unidos y el Gobierno fundó en Granada un Centro de enseñanza, se atemorizó, no ante la competencia que le nuevo Colegio pudiera suponer para el suyo sino ante el rumbo laico que tomaba la enseñanza en Nicaragua debido al espíritu liberal que reinaba en las mentes de los gobernantes de entonces, inclinados totalmnte a ese sistema de educación.

Ante el peligro de la decadencia de la fe que corría la niñez y la juventud, procuró remediar este mal trabajando con tesón por traer maestros y maestras profundamente católicos. Con el fin de conseguir religiosos y religiosas para la educación de la niñez y juventud nicaragüenses, emprendió un viaje por Europa, y en su estancia en Roma pudo entrevistarse con la Fundadora de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús, Santa Francisca Javier Cabrini, la cual le envió un grupo de religiosas del Instituto por ella fundado quienes llegaron a Nicaragua el año 1891, en tiempos del gobierno de don Roberto Sacasa. Como el grupo de religiosas era suficiente para poder abrir un Colegio, doña Elena se lo facilitó, poniendo a su disposición su propia casa para que en ella comenzase el curso escolar. Al año siguiente se trasladaron a la casa del doctor Urtecho en la Obra Banda habiendo tenido en los tres años que permanecieron entre nosotros el mayor éxito, tanto en el adelanto intelectual de las educandas como en las vocaciones que se despertaron entre las almas elegidas por Dios para servirle más de cerca.

Desgraciadamente, el Presidente don José Santos Zelaya, expulsó a estas religiosas en Agosto de 1894 sumiendo a Doña Elena en profunda pena por este acontecimiento. Mas no por eso se desanimó aquella grande alma, hecha para luchar en defensa de los derechos de Dios y la salvación de las almas. El gobierno liberal impide la entrada de religiosas en el país. Ella irá de nuevo a Europa en busca de maestros seculares que quieran dedicarse a la educación de los niños nicaragüenses.

Las Oblatas del Sagrado Corazón.

Nadie quiere aventurarse a venir a un país tan lejano y tan poco conocido. Fue después de su regreso a Nicaragua cuando oyó hablar con loa de los Colegios que las Señoritas Francesas, las “Oblatas del Sagrado Corazón” tenían establecidos en El Salvador desde el año 1894, “En 1901, —dice Eugenia Angevin, primera directora que fue del Colegio Francés de Granada—, se puso en camino para la República de El Salvador con el deseo de conocernos y visitar nuestros establecimientos”.

“La educación y la enseñanza que impartíamos la satisficieron plenamente e inmediatamente pidió que le procuráramos el personal para el tan deseado Colegio de Granada. Pero este personal no lo teníamos entonces y tuvo que regresar apenada a Nicaragua, confiando siempre en Dios que lo conseguiría. Durante 3 años escribió de cuando en cuando reiterando su petición con más instancia. Por fin, a principios de 1903, me propusieron venir a Granada a estudiar los proyectos de la Srita. Elena. Pasé con ella los primeros 20 días de Abril. Con un alma tan humilde, inteligente y rec-

ta, era sumamente fácil entenderse. Tres meses más tarde, en Agosto de 1903, la víspera de la Asunción, llegaba el primer grupo de señoritas francesas, vestidas como señoritas en cuanto al traje, pero verdaderas religiosas. Así se sustraían a las leyes prohibitivas de la entrada de religiosos a Nicaragua”.

“El primero de Octubre de 1903 comenzamos nuestras clases con la bendición manifiesta de Dios Nuestro Señor”. Así han seguido hasta nuestros días, no sólo para bien de Granada sino para Nicaragua entera. A las aulas del Colegio Francés de Nuestra Señora de Guadalupe acuden niñas desde los más apartados lugares de la República y goza de gran prestigio.

Doña Elena no sólo se interesó por la cristiana educación de la juventud femenina; tenía el celo de la gloria de Dios muy metido en el corazón y por eso trabajó también con ahinco por la cristiana educación de la juventud masculina, más expuesta a los peligros de perder la fe y extraviarse por los caminos de la perversión. En 1895 fundó el Colegio de “San Luis Gonzaga”; al frente del establecimiento puso como Director a don Porfirio Pasos, eminente profesor y competente pedagogo y como Inspectora a la señorita Cipriana Pasos. El Plantel se llenó con los mejores niños de la Ciudad.

Pero no cabe duda que los establecimientos de enseñanza juvenil regidos por religiosos tienen ventajas sobre los demás regidos por seculares, porque los religiosos son personas dedicadas por vocación y oficio a la educación y cuentan con un sistema de educación que, con el transcurso de los años, ha resultado exitoso.

Los Salesianos.

Doña Elena, al tratar de fundar en Granada un establecimiento de enseñanza para varones, se fijó en la naciente institución de enseñanza que fundara San Juan Bosco, a quien conoció personalmente en Italia y de quien fue siempre admiradora por sus eminentes virtudes y sus obras educacionales en favor de la clase obrera.

Se hallaba en París doña Elena, a principios de 1888, cuando, el 31 de Enero, la prensa europea a grandes titulares anunciaba la muerte en Turín del fundador de la Congregación Salesiana. Doña Elena, que había tratado a Don Bosco con motivo de sus fervientes deseos del establecimiento de la Casa en Granada, voló precipitadamente a Italia, para ver por vez postrera al Santo Varón que dejaba tras sí una luminosa estela de virtudes. Aún encontró el cadáver expuesto en capilla ardiente y ante él se postró de hinojos musitando una oración. Al incorporarse se dirigió a ella un joven Obispo de los allí presentes el cual en perfecto castellano le dijo: “Su ruego ha sido escuchado. La Casa Salesiana será establecida en Granada”.

Aquel Obispo era Monseñor Juan Cagliero, el misionero ilustre en Sur América y civilizador de los indios patagones.

La limitación del personal, por entonces no tan abundante de la Institución privó a doña Elena por varios años de la satisfacción de sus ideales.

A principios de 1902, emprendió la Srita. Elena un viaje para El Salvador, para tratar con el Padre Misieri, Inspector General de los Salesia-

nos en Centro América, acerca de la llegada a Nicaragua de los hijos de Don Bosco. Sin embargo, las desconfianzas justas y razonables que inspiraba el régimen gubernativo imperante en el país, demoraron por algunos años el establecimiento de la Casa de Granada, pero desaparecido ese peligro, con el triunfo de la revolución de 1909, Elena volvió a El Salvador a cambiar ideas con el Padre Misieri; éste se encaminó a Italia y desde allí le anunció que a su regreso a Nicaragua traería el personal necesario para encargarse de la Casa de Granada. Tuvo noticias Elena de la fecha en que tocaría en Corinto el vapor que conducía al Padre Misieri y los otros sacerdotes que regentarían el Colegio de "San Juan Bosco" y oportunamente se personó en el Puerto a esperarlos para conducirlos a Granada. Al verlos sobre la cubierta del barco su corazón se estremeció de gozo al pensar que el sueño por ella y por su hermana Luz, tantas veces acariciado, iba a trocarse por fin en grata y hermosa realidad, pero el Señor quiso probarla y como Dios a Moisés le mostró desde el Monte Nebo la tierra de promisión pero le dijo que no entraría en ella. Así también le mostró a Elena la Comunidad de Padre Salesianos que llegaron a Corinto, para encargarse de la Casa de Granada pero tuvo que contentarse con verlos, sin poder gozar de verlos establecidos en la Ciudad.

Al subir gozosa al puente del vapor a saludar a los Padres, el Padre Misieri le dijo al oído que todo había fracasado porque el Ilustrísimo señor Obispo Pereira y Castellón le había comunicado su firme resolución de no permitir en su Diócesis (que entonces era toda Nicaragua) el establecimiento de la Casa Salesiana. Cualquiera puede imaginar el hondo sufrimiento que llevó a su espíritu la determinación del Prelado. Pero he aquí un rasgo revelador de la envidiable discreción e imponderable respeto de doña Elena a Dios y sus Ministros: murió sin participar a nadie la determinación incomprensible del Señor Obispo.

Desde el Cielo consiguió del Señor, a quien tan cerca tenía, lo que tanto había ansiado en la tierra. A los cinco meses de su tránsito a mejor vida, en el mes de Marzo de 1912 llegaba a Granada, la pequeña comitiva formada por el Reverendo Padre don José Misieri, el Pbro. José Dini, el estudiante Jorge Muller y el hermano Esteban Tosini. Con este escaso personal se abrió el Colegio "San Juan Bosco", el 15 de Mayo de 1912.

Doña Luz Arellano fue la que dio una hermosa casa bien amueblada en el Barrio de Jalteva para poder comenzar ahí mismo el Colegio. Añadió terrenos donde poder construir futuros edificios que son los que actualmente existen.

Por todo esto, la Institución Salesiana considera a Doña Luz como fundadora del Colegio de "San Juan Bosco" de la ciudad de Granada, juntamente con su hermana Elena.

Su muerte.

A principios de Octubre de 1911, estando cuidando a su sobrinita Julia que se hallaba enferma, sintió un gran malestar y llevada a su casa, cerca del actual Colegio del Sagrado Corazón, la calentura en vez de remitir fue aumentando de modo alarmante y a los pocos días, el 11 de Octubre de 1911 fiesta de la maternidad de la Santísima Virgen, entregaba su alma a Dios, suave y calladamente, como había vivido.

El Nuncio de Su Santidad, Mons. Juan Cagliero que la había conocido durante su estancia en Granada como misionero salesiano, le envió la Bendición Apostólica y el Padre Valentín Nalio, su Secretario, contestó así a quienes le pedían datos sobre la Srita. Elena para iniciar el proceso de su santidad: "De corazón pido a Dios que los ilumine y asista para llevar a cabo tan hermosa idea; pues en mi concepto Elena Arellano, por sus altísimos merecimientos religiosos-sociales es una santa de altar, merecedora como Rosa de Lima del Perú de ser públicamente consagrada como el primer ciudadano de Nicaragua".

Sus restos descansan hoy, con los de su hermana Doña Luz, en la Capilla del Colegio Salesiano a donde fueron trasladados del Cementerio el 25 de Junio de 1937, a los 25 años de la apertura de este Colegio, del cual ella y su hermana, doña Luz, fueron las fundadoras.

Indudablemente que el Trópico también es tierra apta para la santidad, como se ve en este caso que no es el primero ni el único.

BIBLIOGRAFIA

- 1) ALVAREZ DE ARCAÑA, Juan Francisco, S. J. — "Breve reseña de la vida de Dña. Elena Arellano Chamorro", Managua, Talleres Nacionales, 1961.
- 2) PEREZ, S. J. — "Historia de la Compañía de Jesús en Centro América", Valladolid, 1898.
- 3) CUADRA PASOS, Carlos, "Elena Arellano, sus huellas sobre el polvo", Revista Conservadora, Octubre 1961, págs. 21 a 25, Managua, Nicaragua.

MAMENIC LINE

MAMENIC LINE

MARINA MERCANTE
NICARAGUENSE, S. A.

Agentes para El Salvador:

MARINA MERCANTE NICARAGUENSE, S. A.

(Mamenic Line)

Cables:

Oñate — San Salvador

THE CARIBBEAN LINE

OÑATE HERMANOS

2a. Av. Sur, 539.

Teléfonos 1639 - 6122.

San Salvador